

dora de la memoria, como elemento estético y, sobre todo, cuando es

parte sustancial de nuestras vidas, si sabemos leerla e insertarla en la

historia de la mirada y de la visibilidad.

Gobernar en familia: un motín, un oligarca y una historia regional vista al microscopio

Luis Alberto Montero García*
Ruth E. Arboleyda Castro**

Álvaro Alcántara López, *Gobernar en familia. Disidencia, poder familiar y vida social en la provincia de Acayucan, 1750-1802*, México, UNAM / Bonilla Artigas Editores (Pública Histórica, 11), 2019 416 pp.

Hace ya más de tres décadas que Salvador Rueda Smithers, al escribir sobre la rebeldía zapatista a partir de las entrevistas realizadas, para la historia oral, en la década de los años setenta, establecía una de sus primeras aportaciones al tema: la diferencia entre las “causas” y las “razones” para que los viejos combatientes entrevistados se hubieran decidido a participar en “la bola”.¹

* Centro INAH Veracruz.

** Centro INAH Veracruz.

¹ Salvador Rueda Smithers y Jane Dale Lloyd “El discurso legal campesino y el orden político revolucionario. El caso

A partir de aquí, y retomando a Rueda y Lloyd, más algunas observaciones de otros autores, podemos decir que las primeras, las causas, se desentrañan al analizar los entornos económicos y sociales en los que se desarrolló esa gran vertiente de lo que después se conocería como “la” Revolución Mexicana. Serían aspectos, por así decirlo, “estructurales”: cada vez menor acceso a la tierra, crecimiento desmedido de la producción azucarera y, con él, la ruptura de un pacto tácito entre haciendas y pueblos para el arrendamiento de terrenos donde sembrar maíz, las distintas coyunturas políticas derivadas de las debatidas elecciones de 1909 en el estado de Morelos, y la fractura del régimen porfirista debido a la revuelta ini-

zapatista”, *Historias*, núms. 8 y 9, enero-junio de 1985, pp. 51-58.

ciada en noviembre de 1910, por mencionar sólo algunas.

Las segundas, las “razones”, son aquellas que los propios actores establecen. Afortunadamente, aquí estamos ante una fuente que recogió los testimonios de muchos actores de a pie, o por decirlo en palabras que Álvaro Alcántara utiliza varias veces en su trabajo, testimonios que nos permiten ver “a ras de tierra”. En esta fuente que hemos traído a colación se visualizan numerosas de esas “razones”, e igualmente, mencionamos sólo algunas: el sentido de injusticia, el maltrato en las haciendas a manos de capataces muy jóvenes que trataban a gente mayor con golpes y “malas razones”, el desamparo de los huérfanos, la amistad y el compadrazgo, la juventud y el ansia de aventura, el ofrecerse como rehén para salvaguardar los bienes de su familia y pueblo, el prestigio de los cabecillas y, sobre todo,

clave en el impresionante aumento de “levantados” después del cuartelazo huertista de 1913, la leva, cuyo recrudecimiento, finalmente, decidió a muchos a que le entraran a los “cocolazos”, pues era preferible morir en su tierra que terminar en un norte difuso, nebuloso, casi mítico, donde su cuerpo no reposaría en el suelo que les había dado la vida y no estaría con los suyos. Si nos damos cuenta, todos estos aspectos van más a la vida social y cultural de esta gente. No cuentan aquí los bajos jornales, o el precio del maíz, o incluso el mal gobierno, aspectos que empiezan a tener sentido para estos protagonistas hasta tiempo después, al percatarse de ser parte de una gran corriente subversiva.

En otro tiempo, en otro lugar, aparentemente muy lejos, Álvaro Alcántara analiza la vida económica y social en la provincia de Acayucan en la segunda mitad del siglo XVIII. Un motín de indios en 1787 le sirve de ventana, de pretexto para intentar, no analizar, sino explicar, este “incidente” aparentemente pequeño desde la perspectiva actual, pero que puso sobre las armas a toda la Intendencia en previsión de males mayores, sobre todo por el temor a la invasión extranjera en la estratégica costa de Veracruz.

El tratamiento que da el autor al hecho es el de llevarnos en un ir y venir constante entre causas y razones, de los de arriba a los de abajo y vuelta a subir, si bien mucho más de las élites y de las “causas” que de los de abajo y sus razones.

Como sabemos, las élites siempre están mejor representadas en

la documentación que la mayor parte de la sociedad. Desgraciadamente no podremos nunca contar para esa época con una fuente como la de los testimonios zapatistas, fuente que, por cierto, no está exenta tampoco de tener que aplicar en ella una rigurosa crítica.

Y aun así, cuando aparecen, normalmente como transgresores, el carácter episódico del motín podría dejar una noción de “espontaneidad”, “carácter violento” y demás, si no fuera porque el autor se empeña en ir más allá y descubrir cómo el motín es parte de un entramado complejo, de largo aliento, de negociación y resistencia, de supervivencia de los entes colectivos que son los pueblos y repúblicas de indios, a lo largo de su historia de dominación.

Ejerciendo constantemente la crítica sobre sus fuentes, el autor nos permite asomarnos a un complejo mosaico que va más allá de los pueblos de Acayucan y Taxis-tepec, sus “casos” documentados, junto con otros pocos, para poder entender y explicarnos cómo fue la vida de esta gente, además de la esporádica aparición, menos documentada todavía, de los pardos y mulatos que se “colaron”.

Pero hay un hilo conductor. En cada capítulo del texto (de los ocho que lo conforman) destacará la presencia de un inmigrante italiano que vino hacer la América a la Nueva España: Juan Bautista Franyutti, propietario de haciendas ganaderas, recuas para arriería y canoas fluviales, también era comerciante y habilitador de algodón y cacao y, por si fuera poco, funcionario de la Corona española. Es decir, detentaba el poder real y

omnipresente de la extensa alcaldía de Acayucan.

Precisamente, una de las tantas aportaciones a la historiografía regional de Álvaro Alcántara, particularmente sobre el estudio de los hacendados-comerciantes de la alcaldía de Acayucan, es que el genovés fue el primero en utilizar los espacios ganaderos para siembras de algodón en la ribera del río Hueyapan, ya sea arrendando tierras o habilitando con dinero a los indios y mulatos, quienes tenían la obligación de venderle a él la cosecha. Es decir, estamos frente a una dinámica comercial donde el algodón comenzó a disputarle a la ganadería extensiva terrenos que se convertirían en tierras de labor. Muchas de las tierras cultivadas con milpas de algodón desde mediados del siglo XVIII se convertirán en extensos cañaverales durante y después de la época de la República Restaurada, cuando la caña de azúcar comenzará a disputarle al algodón esas tierras. De ahí la importancia que su estudio deja para continuar investigaciones sobre la propagación de los espacios del cultivo de algodón en la Costa de Sotavento dentro de los hatos ganaderos.

Ahora bien. Para la historiografía veracruzana *Gobernar en familia...* es una obra irreverente, pero también disidente como el mismo hecho histórico del motín de los indios de Acayucan que el autor aborda.

¿Por qué? En primer lugar, porque es un texto bien estructurado metodológicamente hablando, pero su propuesta de capitulado está fuera del análisis convencional de los estudios de historia re-

gional. Si bien es cierto que ésta es una historia de la región sur de Veracruz o de la Costa de Sotavento o el Istmo de Tehuantepec, Álvaro no se detiene demasiado en dilucidar estos conceptos o en problematizarlos. Su preocupación es otra, como lo señalamos más adelante. Entonces, Acayucan y su extenso territorio dominado por su alcaldía es paso obligado del sureste mexicano (Tabasco y Chiapas) hacia el Altiplano central, vía Tlaxicoyan u Orizaba, o hacia el populoso puerto de Veracruz o hacia el istmo oaxaqueño y viceversa. De hecho, el espacio abordado es reivindicado hasta la parte final del capítulo 2: la dimensión regional, la Costa de Sotavento.

En segundo lugar, esta obra no se centra únicamente en el motín de indios de octubre de 1787, todo lo contrario, es una historia de largo aliento, enmarcada en los estudios históricos de larga duración. Así, lo mismo menciona aquellos pueblos prehispánicos que se asentaron en la ribera de los ríos Coatzacoalcos, San Juan, Uxpanapa y Tonalá, muchos de ellos desaparecidos con la Conquista por diversas razones, pero arqueológicamente están ubicados en el Posclásico tardío, que de los señores de ganado que heredaron y ampliaron sus hatos desde finales del siglo xvi hasta la primera mitad del siglo XIX.

En tercer lugar, en esta vasta investigación su autor recurrió a numerosas y valiosas fuentes documentales de primera mano, destacando el “Indiferente Virreinal”, labor que no estuvo exenta de sinsabores y pistas sin encontrar, cuya estrategia consistió en cruzar

información de diversos fondos de un mismo acervo, pues bien pudo contentarse con la versión oficial y nada más. Los nombres de sus personajes indios, mulatos, pardos y españoles se escabullían ante sus ojos entre las innumerables fojas consultadas de la escritura paleográfica de los siglos coloniales. Otros nombres más se le desaparecían como los ríos de Sotavento cuando se desbordan y escurren sus aguas lodosas en los pastizales ganaderos y cultivos agrícolas. Por ejemplo, de Ana Pascuala y Gaspar de los Reyes, señalados dirigentes del motín, no sabemos nada después de su excarcelación en 1791.

Los más de veinte años hurgando en los archivos tuvo su mejor recompensa cuando se le otorgó a Álvaro Alcántara el premio Francisco Javier Clavijero del INAH a la mejor tesis de doctorado en historia en 2016, y también por la culminación de este libro de más de cuatrocientas páginas, que muy bien pudieran haber sido más, y cuya aportación al conocimiento microscópico de la historia social de los pueblos de indios, mulatos y españoles del sur de Veracruz es palpable, constituyéndose en sí mismo en una fuente imprescindible de consulta.

Es decir, el estudio que realizó Álvaro Alcántara crea un puente historiográfico vital para todo investigador que intente cruzar el caudaloso río, valga la metáfora, de agravios, despojos y deslinde de tierras en el Sotavento veracruzano entre los siglos XVIII y XIX. Como el mismo autor lo indica, la historia no termina en 1802, cuando los hermanos Franyutti recupe-

raron la hacienda Cautotolapan, cuya historia está todavía por contarse. O por ejemplo, con la siembra y comercialización del algodón que continuará siendo el eje económico de la Costa de Sotavento, principalmente en la zona de Cosamaloapan. ¿Por qué dejó de cultivarse en la alcaldía de Acayucan y Los Tuxtlas? ¿Durante el siglo XIX Acayucan desplazaría a Cosamaloapan en la venta de partidas de ganado arriadas hacia Orizaba y el puerto de Veracruz? Otro eje lo constituyen los pleitos de tierras y límites entre los indígenas de Sochiapan y Tatahuicapa que continuaron en tribunales hasta finales del siglo XIX.

Y qué decir del aguardiente, bebida espirituosa que emborracha al gobernador y hasta el presidente, tan mencionado en el texto, pero dejado tras bambalinas como factor económico de los mulatos y pardos, pero apreciado por los indígenas. De hecho, Pierre Charpenne, francés inmigrante de la fallida expedición de la colonia de Coatzacoalcos, dejó asentado durante su recorrido por los pueblos del sur de Veracruz, en su camino hacia Tlacotalpan, que el mejor aguardiente de la región era el que se elaboraba en Chinameca,² actividad que perduró hasta entrado el siglo XX. A dicho licor lo catalogó como: “¡la mejor tafia de la comarca!”.³

² Chinameca, Veracruz. No confundir con Chinameca, Morelos.

³ Pierre Charpenne, “Mi viaje a México o el colono del Guazacoalco”, en Martha Poblett Miranda (comp.), *Cien viajeros en Veracruz*, t. iv: 1831-832, México, Gobierno del Estado de Veracruz, 1992, p. 150. Ahí descubrió que el aguar-

En este sentido, cabe preguntarse, ¿por qué insistir en estudiar este motín de Acayucan de 1787, si ya había sido abordado por eruditos de la región como Alfredo Delgado, Antonio García de León y David Ramírez Lavoignet o inscrito en obras generales de la Nueva España como la de Chiston Archer, Eric Van Young y Rudolf Widmer? Primero, porque toma distancia de esos trabajos o se apoya en ellos para reforzar algunos de sus planteamientos, pero, sobre todo, porque nos brinda una perspectiva alterna de la rebelión al ir más allá del hecho en sí, al ampliar el espectro de análisis medio siglo (1750-1802), que constituye el parteaguas del auge y decadencia del clan Franyutti.

Sin lugar a duda, esta obra más que cerrar el ciclo de investigaciones históricas y antropológicas sobre el sur de Veracruz en la segunda década del siglo XXI, bien podría abrir uno nuevo. La historiografía de estos años de 2010 y tantos no ha sido abundante, pero sí sustanciosa como lo demuestran las obras *Tierra adentro, mar en fuera: el puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento (1519-1521)* de Antonio García de León (2011) e *Historia del Istmo de Tehuantepec. Dinámica del cambio sociocultural, siglo XIX* (2013) de Leticia Reina. Además, también destacan tres interesantes tesis doctorales inéditas: “Redes políticas y sociales: consolidación y permanencia del régimen posrevolucionario en Veracruz, 1920-1970”, de Erasmo

diente de caña se convidaba a los asistentes de los fandangos.

Hernández (2010), “Viento sobre el potrero. Revolución y agrarismo en el sur de Veracruz”, de Alfredo Delgado (2015) y “El Istmo de Tehuantepec a través de sus relaciones geográficas: un rincón olvidado del Impero español, 1580-1777”, de Ana María Salazar Vázquez (2019).⁴

Todos ellos convergen en el territorio, la región, los conflictos agrarios, los grupos y las redes de poder en el sur de Veracruz, a través de la cartografía, las tramas comerciales, el ferrocarril interoceánico, la agricultura tropical, la industria petrolera, la Revolución Mexicana, la lucha agrarista y el cacicazgo de Amadeo González Caballero, primo de Miguel Alemán Valdés. ¿Nuevo señor de tierras y ganado, de los transportes y de inconmensurable poder político? ¿Un nuevo actor social a la altura de los Franyutti? Sin embargo, insistimos, la obra de Álvaro Alcán-

⁴ En la primera década del siglo XXI, el sur de Veracruz también fue estudiado desde diferentes ángulos de las ciencias sociales: Armando Rojas Rosales, “El ferrocarril de Tehuantepec: ¿el eje del comercio del mundo?, 1893-1913”, tesis de doctorado en humanidades, UAM-I, México, 2004; María de los Ángeles Saraiba Russel, “Les enjeux de la modernité dans l’histoire du Mexique contemporain: le développement de l’isthme de Veracruz entre 1830 et 1920”, tesis de doctorado, Histoire et civilisations, EHESS, París, 2005; Rudolf Widmer S., *Los comerciantes y los otros. Costa Chica y Costa de Sotavento, 1650-1820*, México, Proyecto Afrodese, 2009 [1993]; Emilia Velásquez, Eric Léonard, Odile Hoffmann y M. F. Prévot-Schapira (coords.), *Un istmo mexicano: una región inasequible. Estado, poderes locales y dinámicas espaciales (siglos XVI-XXI)*, México, IRD / CIESAS, 2009.

tara constituye un giro novedoso en el tratamiento y enfoque.

Dejamos para el final la introducción, donde el autor explica sus elecciones metodológicas. Álvaro Alcántara opta por un enfoque “relacional” que somete a crítica, tomando de él lo que le permite ir armando el tejido social y familiar de esta élite acayuqueña y llegar a identificar los actores centrales de los que emana todo el entramado y a los que llegan todos los hilos.

Destaca la elección por la historia social y el microanálisis o microhistoria, lo que conduce, primero, a dar importancia a indicios que de otra manera podrían pasar desapercibidos y, segundo, a poner en juego un bagaje conceptual que rebasa el hecho económico, subyacente a la actividad productiva y política de esa élite, para convertirse en una auténtica historia social del hecho económico.

Pone a discusión los clásicos trabajos sobre las rebeldías y los enfoques que se hacían de las expresiones explosivas y violentas de los dominados, ebullición del hartazgo, sin propósito y sin programa, sin conciencia del poder o lo político, sin pretender “transformar la sociedad. Su trabajo descubre una lógica y una conciencia clara de lo que se pretende, y de las maneras que en cada circunstancia puede obtenerse sin arriesgar la sobrevivencia misma.

Termina advirtiendo Álvaro Alcántara: hay muchas historias que contar porque las fuentes callan más de lo que dicen.